

de un teatro que se ha formado en el curso de los siglos, y que ha sido el resultado de una evolución constante y progresiva. Este teatro ha sido el teatro de la cultura, el teatro de la civilización, el teatro de la humanidad.

El teatro es un arte que ha sido siempre un arte de la comunidad, un arte que ha sido siempre un arte de la vida. El teatro es un arte que ha sido siempre un arte de la libertad, un arte que ha sido siempre un arte de la justicia.

El teatro es un arte que ha sido siempre un arte de la belleza, un arte que ha sido siempre un arte de la verdad. El teatro es un arte que ha sido siempre un arte de la esperanza, un arte que ha sido siempre un arte de la fe.

El teatro es un arte que ha sido siempre un arte de la vida, un arte que ha sido siempre un arte de la libertad, un arte que ha sido siempre un arte de la justicia, un arte que ha sido siempre un arte de la belleza, un arte que ha sido siempre un arte de la verdad, un arte que ha sido siempre un arte de la esperanza, un arte que ha sido siempre un arte de la fe.

El teatro es un arte que ha sido siempre un arte de la vida, un arte que ha sido siempre un arte de la libertad, un arte que ha sido siempre un arte de la justicia, un arte que ha sido siempre un arte de la belleza, un arte que ha sido siempre un arte de la verdad, un arte que ha sido siempre un arte de la esperanza, un arte que ha sido siempre un arte de la fe.

El teatro es un arte que ha sido siempre un arte de la vida, un arte que ha sido siempre un arte de la libertad, un arte que ha sido siempre un arte de la justicia, un arte que ha sido siempre un arte de la belleza, un arte que ha sido siempre un arte de la verdad, un arte que ha sido siempre un arte de la esperanza, un arte que ha sido siempre un arte de la fe.

Teatro  
Alemán



La Novia  
de Mesina

BEATRIZ

Perdona ¡oh tú que me diste la vida! si, adelantando la hora fatal, he decidido de mi suerte con mi propia mano! No lo elegí libremente . . . él vino a mi encuentro. El dios penetra a través de las puertas cerradas, ábrese camino hasta la torre de Danae, y el destino no pierde su víctima. Aunque esté atada a desiertos peñas-

cos, o a las columnas del Atlas que sostienen el cielo, un corcel alado llegará hasta ella.

No quiero mirar hacia atrás; no echo de menos mi retiro. Amo, y quiero confiarme al amor. ¿Hay mayor felicidad que esta? . . . Yo me contento con mi suerte. No conozco los demás goces de la vida: no conozco, ni quiero jamás conocer, a los que se llaman mis padres, si han de separarme de tí, amado mío. Quiero ser eternamente un enigma para mi propio pensamiento. Bastante sé; sólo para tí quiero vivir. (*Con atención creciente.*) ¡Qué escucho! ¿Es el sonido de su voz querida? No; es el eco del mar que rompe sus olas con sordo rumor contra la playa. No, no es mi amado. ¡Desdichada de mí! ¿Dónde está? ¡Qué estremecimiento glacial me sobrecoge! El sol descende cada vez más. Este sitio se va haciendo más solitario a cada momento, y un peso mayor oprime mi corazón. ¿Qué le detiene? (*Da algunos pasos inciertos, con inquietud.*) No me atrevo a salvar las tapias tranquilas de este jardín. El terror se apoderó de mí apenas osé penetrar en la vecina iglesia. Cuando sonaba la hora de la oración, una fuerza poderosa, que dominaba mi alma, me empujaba hacia el santo lugar, a hincar las rodillas y a invocar a la madre de Dios... y no pude resistirla.

¿Y si un espía siguiese mis pasos? El mundo está lleno de enemigos. La astucia tiende en todos los senderos sus redes engañosas para tentar a la piadosa inocencia. ¡Cuán cruelmente lo experimenté el día en que, movida por culpable atrevimiento, salí fuera del recinto del claustro a ver una multitud de extranjeros! Era en la solemnidad de los funerales del príncipe. Cara pagué mi temeridad. Dios sólo me libró . . . Cuando aquel mancebo, aquel extranjero, se me acercó con inflamados ojos, y con su mirada, que me aterraba, que penetraba en mis entrañas y parecía leer en el fondo de mi corazón. . . Al recordarlo, siento aún el calofrío de miedo que hiela mi seno. Jamás... ¡oh! ¡jamás puedo confundir mis miradas con las de mi amado, cuando pienso en esa falta secreta! (*Escucha.*) ¡Voces en el jardín! ¡Es él, es mi amado! ¡es él mismo! Ahora no es alucinación de mi oído, no. Viene; se va acercando. Vuelo a sus brazos.

SCHILLER





## Wallenstein

### EL CAPUCHINO

Tra . . . la . . . la . . . Muy bien, como hay Dios . . . También yo quiero ser de la partida . . . ¿Es este un ejército de cristianos? ¿Somos turcos? ¿Somos anabaptistas, por ventura? ¿Nos mofamos del día de domingo, como si Dios nuestro Señor tuviese la gota y estuviese imposibilitado de darnos una paliza? ¿Es esta ocasión de tragar y beber y andar de bureo?

"*Quid statis hic itiosi?*" "¿Qué hacéis aquí mano sobre mano?" Las furias de la guerra pasean desencadenadas por el Danubio; cayeron derribados los baluartes de Baviera; Ratisbona se halla entre las garras del enemigo, y en tanto el ejército permanece en Bohemia, tan tranquilo, sin importársele nada de nada, muy ocupado en contentar la tripa, más atento a la botella que a la batalla, a aguzar el pico más que el sable, persiguiendo mozas y devorando bueyes en lugar de devorar a Oxenstiern. Y en esto, la cristiandad derrotada se cubre de ceniza y viste el burdo sayal, mientras el soldado se llena los bolsillos. Estamos en un tiempo de lágrimas y miseria; aparecen en el cielo maravillosos signos; y el Señor tiende sobre las nubes el ensangrentado manto de la guerra y se asoma a las ventanas del paraíso empuñando un cometa como un vergajo amenazador. El mundo entero es casa de consternación; el arca de la Iglesia naufraga en un mar de sangre, y el imperio romano . . . ¡Dios tenga piedad de él! debiera más bien llamarse "el pobre romano." Corriente de amargura es la corriente del Rhin; vacíos los monasterios, aniquiladas las diócesis, trocadas las parroquias en guaridas de ladrones, la tierra de Alemania, morada de la dicha, se ha vuelto asilo de la miseria. ¿Y cuál es la causa de

esto? No quiero callároslo. La causa de esto son vuestros pecados y vuestros crímenes, vuestra vida de paganos, los escándalos a que os entregáis soldados y oficiales; porque el pecado es el imán que atrae el hierro sobre ese país. Tras el mal viene la desdicha, como el llanto tras la cebolla, como la W sigue a la V en el abecedario. "*Ubi erit victoriae spes, si offenditur Deus?*" "¿Cómo alcanzar la victoria si no atendéis a sermones, ni hacéis caso de la misa, y sólo frecuentáis la taberna?" La mujer del Evangelio encontró la moneda que había perdido; Saúl las burras de su padre; José a sus hermanos; pero quien buscase entre los soldados el temor de Dios, la disciplina y el pudor, cierto que no había de encontrarlos, mas que encendiera cien faroles. Leemos en el Evangelio que los soldados acudían también a oír al predicador del desierto, y hacían penitencia, y recibían el bautismo y le preguntaban: "*¿Quid faciemus nos?*" "¿Qué hemos de hacer para entrar en el seno de Abraham?" "*Et ait illis*" y les dijo: "*Neminem conculcatis;*" "no atormentéis, no desolléis a nadie;" "*neque calumniam faciatis;*" "ni calumniéis a nadie." "*Contenti estote;*" "contentaos," "*stipendiis vestris;*" "con la paga, y maldito sea todo hábito pernicioso." El Decálogo dice: "no jurarás el nombre de Dios en vano,"

¿y dónde se oyen más blasfemias que en el campamento de Friedland? Si a cada rayo y a cada trueno que lanza la punta de vuestra lengua hubiera que echar a vuelo las campanas, bien pronto no se hallarían sacristanes para ello; y si por cada mala oración que sale de vuestros labios impuros, se os cayera un pelo de la cabeza, os quedábais calvos antes de llegar la noche, así fuese vuestra cabellera más espesa que la de Absalón. También Josué era soldado, y el rey David mató a Goliath, y, sin embargo, ¿dónde se lee que fueron blasfemos y maldicientes? Me parece que no hay que abrir más la boca para decir "Dios me ayude," que para echar un taco. Pero ¡claro está! cuando el vaso está muy lleno se derrama y desborda por todos lados.—Hay otro mandamiento que dice: "No hurtarás," y eso lo cumplís al pie de la letra, porque robáis abiertamente cuanto cae en vuestras garras de buitre, sin que nada esté al abrigo de vuestra rapacidad y astucia; ni el dinero en el cofre, ni la ternera en el vientre de la vaca; cuando pilláis un huevo, cargáis con la gallina. ¿Qué decía el predicador? "*Contenti estote*," "contentaos con vuestra ración" . . . Mas ¿cómo se portarán bien los súbditos; cuando el escándalo viene de arriba? A tal amo, tal criado. . . Ni siquiera se sabe cuáles son sus creencias . . .

## CAZADOR 19

Alto ahí, padre; a nosotros puede echarnos las reprimendas que le parezca, pero guárdese de insultar a nuestro general.

## EL CAPUCHINO

"*Ne custodias gregem meam.*" Es un Achab, un Jeroboam que aparta a los pueblos de la verdadera fe, para traerlos a la idolatría.

## EL CORNETA Y EL RECLUTA

¡Cuidado con repetir eso una sola vez!

## EL CAPUCHINO

Es un fanfarrón, un tragaespadas que quiere apoderarse de todas las fortalezas. Se jactó con impíos labios de tomar Stralsund, aunque estuviera atada al cielo con cadenas. Pero gasta la pólvora en salvas.

## EL CORNETA

¿No habrá quien le tape esa boca de víbora?

## EL CAPUCHINO

Es un brujo que evoca los demonios, es un rey Saúl, un Jehú, un Holofernes. Ha negado a su Señor, como San Pedro, y no puede oír el canto del gallo.

## LOS DOS CAZADORES

¡Curilla! ¡Ay de tí! ¡Estás perdido!

## EL CAPUCHINO

Es un zorro, es un Herodes.

## EL CORNETA Y LOS DOS CAZADORES

(*Acometiéndole.*) Calla; vas a morir.

## ALGUNOS CROATAS

(*Interponiéndose entre ellos.*)—Aguardad, no temáis. Continúad vuestro sermón, contadnos eso . . .

## EL CAPUCHINO

(*A gritos.*)—Es un orgulloso Nabucodonosor, sentina de pecados, herético empedernido. Se hace llamar Wallenstein, y es verdad, porque es para todos piedra de dolor y de tropezos (1); y mientras el Emperador le mantenga en su puesto, no habrá paz en el país.

SCHILLER



(1)—Equívoco intraducible: *Allen ein Stein*, para todos una piedra.



La Doncella  
de Orleans

JUANA, *sola.*

Descansan las armas y cesa el relampaguear de la guerra. Sucede a los combates el canto y la danza. En las calles reina el júbilo; en la iglesia resplandece engalanado el altar. Se elevan los arcos de triunfo, cubiertos de verdes ramajes y de guirnaldas en sus columnas. Reims es estrecho para contener a la multitud que acude a las fiestas populares.

Embriagados de júbilo todos los corazones, henchidos todos de un mismo pensamiento, cuantos estaban divididos por el odio hace un instante, participan ahora de la alegría común, y no hay francés que no se sienta más orgulloso de serlo. Revivió el esplendor de la antigua corona. Francia rinde homenaje al hijo de su rey.

Y yo, entre tanto, yo, autora de esta gloria, permanezco ajena a la dicha universal. Y mi corazón transformado huye la pompa y vuela al campamento inglés. . . Allá, hacia el enemigo tiendo la mirada . . . forzada a alejarme del regocijo, para ocultar la falta que me abruma. . . ¿A quién? ¿A mí? . . . ¿Yo llevo impresa en mi pecho virginal la imagen de un hombre? ¿Aquel corazón, que iluminó un rayo del cielo, late a impulsos del amor humano? . . . ¡Sí, yo, el ángel salvador; yo, el brazo del Altísimo, ardo en amor por el enemigo de mi patria! ¡Y lo confieso a la luz del día, y no muero de vergüenza! (*La música dentro suena con más suavidad y ternura.*) ¡Oh desdicha! ¡oh desdicha mía! . . . ¡Qué dulces sonidos! . . . ¡Cómo cautivan mi alma! ¡Cómo me recuerdan su voz y evocan su imagen!

¡Ah! . . . ¿por qué no me arrebatara de nuevo el torbellino de la guerra? ¿por qué no resuena en mis oídos el trueno de las armas? . . . Renaciera

entonces mi valor. Pero esta voz, estos acentos me cautivan, truecan en lánguidos deseos mi fuerza . . . la derriten en lágrimas de ternura. (*Pausa. Con vivacidad.*) Debí herirle . . . pero ¿podía acaso, después de haberle visto? ¡Herirle! . . . Antes volver contra mi propio seno el arma homicida . . . ¿Seré culpable porque me mostré humana? . . . ¿Fue crimen mi piedad? . . . ¡Mi piedad! . . . Pero si no la tuve con los otros que inmoló mi espada . . . ¿por qué calló su voz cuando imploró por su vida el infeliz, el tierno mancebo de Gales? ¡Ah! corazón hipócrita . . . mientes a la faz de la eterna luz . . . No . . . no obedeciste a la santa voz de la piedad.

¿Por qué mis ojos se fijaron en los suyos? . . . ¿Por qué contemplé su rostro? . . . Con aquella mirada empezó tu crimen, ¡infeliz! . . . Dios quiere ciegos servidores, y a ojos cerrados debía consumir tu obra. Viste, y cayó el escudo de Dios; viste, y te prendió en sus redes el infierno. (*Vuelven a oírse las flautas, Juana se abisma en sus pensamientos.*) ¡Oh! . . . mi cayado . . . ¡ojalá no te trocara nunca por la espada! ¡Ojalá no sonara nunca en mis oídos la voz que murmura en el ramaje de la sagrada encina! ¡Nunca me hubiese aparecido la Reina de los cielos! Toma de nuevo tu corona, Virgen madre . . . tómala . . . no la merezco.



¡Ay de mí! he visto abrirse los cielos, contemplé la faz de los bienaventurados, y no se halla en los cielos mi esperanza, no, sino en la tierra. ¿A qué cargar mis hombros con tan terrible misión? ¿Pude acaso endurecer mi corazón sensible, que hinche la gracia?

Si quieres manifestarnos tu poder, elige a los espíritus inmortales, limpios de pecado, inaccesibles a las pasiones y a las lágrimas . . . ¡no a una tímida niña, a una débil pastora!

¿Qué me importa la suerte de los combates, ni la discordia de los reyes? Feliz, inocente, apacentaba mis ganados en las serenas cumbres, y de allí me arrancaste para arrojarme en el bullicio del mundo, en el orgulloso palacio de los reyes y entregarme al mal . . . ¡Ah! ¡no era esta mi vocación!

SCHILLER



Torcuato Tasso

TASSO

¡Anda, sí, ve: y ve tan convencido  
De que a tu voluntad me persuades!  
Aprendo a disfrazarme, pues maestro  
Eres famoso, y yo comprendo pronto.  
La vida a aparecer así nos fuerza,  
Y aun a ser como aquellos que podríamos  
Altivos despreciar. Ahora veo claro  
De cortesana intriga el artificio:  
De este lugar Antonio quiere echarme  
Sin que parezca ser el que me arroja.

Hácese el indulgente, el sabio, para  
 Que el insensato enfermo yo parezca.  
 Erígese en tutor, y me rebaja  
 A hacer de niño, ya que a ser esclavo  
 Obligarme no pudo. ¡A la princesa  
 Así turba, y al príncipe, el sentido!  
 Que hay que tenerme aquí les dice; al cabo  
 Mi mérito me dió naturaleza,  
 Aunque de muchas manchas, por desdicha,  
 Acompañó su don: de exagerada  
 Susceptibilidad, de ilimitado  
 Orgullo y cierta obstinación sombría.  
 ¡No hay que hacerle! El destino de este modo  
 A hombre tan singular formarle plugo,  
 Y ahora, como él es, hay que tomarle,  
 Soportarle y sufrirle, y en sus buenos  
 Días, como ganancia inesperada,  
 El gusto recibir que él pueda darnos.  
 Hay, en definitiva, que dejarle  
 Que viva y muera tal como ha nacido.  
 ¿Do la firmeza está con que rechaza  
 Alfonso a sus contrarios y protege  
 A sus amigos? ¿La mostró conmigo?  
 ¡Sí! ¡Ahora conozco mi desdicha toda!  
 Está en mi sino que el que permanece  
 Para otros fiel y firme, en contra mía  
 Se cambié solamente, y que varíe  
 Con un ligero soplo en un momento.  
 ¿No fue sólo de este hombre la venida  
 Lo que en una hora destruyó mi suerte,  
 Y lo que derribó hasta sus cimientos  
 El edificio entero de mi dicha?  
 ¿Y es hoy cuando sufrir debo esta prueba?  
 ¡Es verdad! ¡Cuando todo me venía,  
 Todo me deja! ¡Cuando cada uno  
 Por llevarme a su lado se esforzaba,

Cada uno me rechaza ahora y me evita!  
 ¿Y por qué? ¿Pesa él solo en la balanza  
 Más que el mérito mío y que el cariño  
 Tanpreciado que hasta ahora poseía?  
 ¡Sí! ¡Todo huye de mí! ¡Tú también huyes,  
 Princesa amada! ¡Tú de mí te esquivas!  
 En estas tristes horas ¡ni una sola  
 Prueba de su privanza me ha enviado!  
 ¿Merecido se lo has, corazón mío,  
 A quien tan natural era el honrarla?  
 Su voz llegaba a mí, y un sentimiento  
 Inefable mi pecho atravesaba.  
 Veíala, y la luz del claro día  
 Me parecía oscura. Irresistibles  
 Me atraían sus ojos y su boca.  
 Flaqueaban mis rodillas. Precisaba  
 Mis fuerzas todas para sostenerme  
 Y a sus pies no caer, y me costaba  
 Que esta embriaguez pasase, gran trabajo.  
 ¡Firme, corazón mío! Mente clara,  
 ¡No te dejes turbar! ¡Sí! ¡También ella  
 Osó decirlo, y casi no lo creo!  
 Lo creo, y ocultármelo quisiera.  
 ¡Ella también! Discúlpala del todo,  
 Pero no te lo ocultes. ¡También ella!  
 ¡Oh! ¡Esta palabra, de la cual debiera  
 Dudar mientras de fe me anime un soplo,  
 Al fin, cual fallo del destino, al borde  
 Se graba de la lápida de bronce  
 Que la mención de mis tormentos llena!  
 Desde aquella hora son mis enemigos  
 Fuertes, y me robaron mi energía.  
 ¿Cómo podré luchar si ella en el bando  
 Contrario está? ¿Podré esperar paciente  
 Si no me tiende desde allá su mano  
 Ni su mirada encuentra al que suplica?

Tú a pensarlo y decirlo te atreviste  
 Cuando aún temer no se podía, ¡es cierto!  
 Y antes que tus sentidos, con sus garras  
 De bronce, despedace uno por uno  
 La desesperación, ¡llora tu suerte!  
 Y repite tan sólo: ¡también ella!

GOETHE



### El Honor

TRAST

¿Crees tú que estaría yo muy orgulloso cuando, al despertarme una mañana, me acordé que el alegre calavera, el oficialito de caballería, había perdido, la noche antes, la bonita suma de doscientos mil marcos que debía pagar dentro de las veinticuatro horas, sin tener ni un solo pfennig? ¿De qué me sirvió correr a mi casa y echarme a los pies de mi padre? Hubiera

empeñado la piel para salvar el honor de mi nombre, de su nombre; pero ni siquiera eso tenía. Y no pudiendo darme otra cosa, arrojó sobre mí su maldición.

ROBERTO (*Pensativo*)

¿Y tienes el valor de vivir después de eso?

TRAST

¡Ah! ¡ah! ¿Con que no sabes lo que pasó?

ROBERTO (*Distraído y preocupado*)

Ya no sé nada . . . nada.

TRAST

Pues bien, escucha. Tal vez pueda serte útil. No tuve más remedio que dejar el servicio. Cuando mis compañeros se despidieron de mí, me dieron una última prueba de su cariño dejando a mi lado, sobre la mesa, sin decir una palabra, una pistola cargada. Estudié mi situación serenamente. Que me era imposible vivir una hora más en la deshonra, eso no ofrecía duda alguna. Pero en el momento de apoyar el cañón en la sien, me asalta una idea. ¡Qué acción estúpida y brutal! ¿En qué vales hoy menos que hace tres días? Quizás has merecido que te azotaran por haber prometido, como un imbécil, sumas que no tenías; pero morir, no. Durante muchos miles de años los hombres se

han regocijado viendo la luz del sol, sin que el fantasma del honor amargara su vida, y aun hoy casi toda la humanidad vive del mismo modo.

SUDERMANN.





## El Honor

TRAST (*Muy galante*)

Ya ve usted, señor subteniente, como no estaba por demás preguntarle si no era usted "nada más que eso." Desde el punto de vista burgués somos iguales. El señor Brandt, hijo, heredero de la honrada casa de géneros coloniales "Brandt y Stengel," con la cual tengo el gusto de estar en relaciones, acaba de darme todo un curso sobre el tema del *Honor*. Per-

mítanme que diga yo algo a mi vez sobre este grave asunto. (*Se sientan a la derecha.*) Sea dicho entre nosotros: el honor no existe. (*Movimiento de estupor.*) No se asusten ustedes.

LOTARIO.

Pero, ¿y lo que nosotros llamamos honor?

TRAST

Lo que nosotros llamamos honor no es más que la sombra que proyectamos cuando nos ilumina el sol de la estimación pública. Pero, y esto es lo más grave, hay tantas clases de honor como clases y grados hay en la sociedad.

LOTARIO (*Secamente*)

Se equivoca usted, caballero. No hay más que un honor, como no hay más que un sol, como no hay más que un Dios. Quien no sienta esto así no puede ser hidalgo.

TRAST

¡Bah! Permítanme que les cuente una historieta. En uno de mis viajes por el centro de Asia, llegué cierto día, medio muerto de fatiga y cubierto de polvo, a la morada de un gran jefe tibetano. Me recibió con grandes ceremonias en la inmensa sala de un palacio maravilloso. Estaba sentado en un trono, al lado de su mujer,

encantadora criatura. Tomó la palabra y me dijo afectuosamente: "Bienvenido seas a mi casa, extranjero. Aquí estás en la tuya. Mi mujer queda encargada de cumplir con los deberes de la hospitalidad." No tengo para qué decirles las atenciones de que fui objeto; pero he de confesar que nunca como entonces tuve que acudir a todo el poderío de mi voluntad. Cuando volví a la sala, ¿qué es lo que veo? Todo el mundo con las armas en la mano, voces amenazadoras, sables medio desnudos: "Debes morir — exclamó el jefe —. Has ofendido mortalmente el honor de mi casa rechazando con desprecio el presente más rico que reservé para tí." Como ven ustedes, no me mataron, porque al fin comprendieron que un bárbaro europeo desconocía sus leyes sobre el honor. (*Sonrisas.*) Si tropiezan ustedes con alguno de nuestros narradores de adulterios, salúdenle de mi parte, y que estudie este caso.

SUDERMANN.

